

ATILIO CABALLERO

Franjas



Edición: Pablo de Cuba Soria

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Ilustración de cubierta: Daniel Antón

© Atilio Caballero, 2020

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2020

Segunda edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798286015061

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

En la Zona las cosas son así: regresaste con mercancía, eso es un milagro. Regresaste vivo, eso es tener éxito. Una bala patrullera, eso es tener suerte. Todo lo demás, eso es cuestión del destino.

“El Rojo” Schuchart, Picnic en los suburbios
(Boris y Arcadi Strugatsky)

Intersticio primero.
Zona I (Ruido de fondo)

E. ORIZONDO*, CONOCIDO como “El sucio”, es un *stalker*. Un guía clandestino. Uno de esos sin cuya ayuda no puedes entrar en “la Zona”. Igual que “El rojo” Schuchart (1). Sí, el personaje de los hermanos Strugatski, el mismo de Tarkovski luego (aunque ya pasado por agua). Orizonto lleva años ejerciendo esta *ocupación*, como él prefiere llamarla. “No, no es un oficio; en todo caso, el oficio es una consecuencia de ésta”, me dijo la primera vez que hablamos. Pude llegar hasta él por una conjunción —y acumulación— de referencias precisas, pues si alguna de ellas no tenía la “consistencia” necesaria, ahí mismo terminaba la cadena, desaparecían los contactos y ya no podría intentarlo una segunda vez. Él está seguro de ser imprescindible para todo aquél que quiera hacer el viaje. Como diría “El rojo”: “En la Zona las cosas son así: regresaste con mercancía, eso

(*) Los nombres reales completos de las personas aquí citadas han sido omitidos por voluntad expresa de las mismas.

es un milagro. Regresaste vivo: eso es tener éxito. Una bala patrullera: eso es tener suerte. Todo lo demás: eso es cuestión del destino...”. Y Orizondo lo sabe. Como también sabe que, a pesar de los años de faena, cada incursión es una experiencia particular, un sobresalto, una iniciación o la última vuelta: “Sabes que ya estás en el lugar porque de inmediato sientes un escalofrío por la piel. Cada vez siento ese escalofrío y todavía no sé si la Zona me recibe de esa forma o si mis nervios están comenzando a fallar... Cada vez que vengo, pienso lo mismo —me dice, o más bien me susurra, agazapados los dos en la oscuridad de una cuneta—: en cuanto regrese les preguntaré a los otros si les sucede algo igual. Y siempre me olvido”.

Debe ser medianoche pasada. En el tibio enero cubano de 2013.

Hemos llegado. Vamos a entrar en el reactor nuclear. El Gran Domo. Uno de los sitios más enigmáticos y restringidos del país.

Había oido hablar de los “picahierros” (también *picapiedras*, en alusión al conocido animado de cavernícolas) y su *filón de oro*, pero en un primer momento pensé que era otra de las historias fabulosas que se cuentan en —y sobre— este lugar. Un

lugar propicio para ellas, ciertamente. Historias donde coinciden relatos marineros —pesquerías que harían palidecer al viejo *fisherman* de Hemingway o al mismísimo capitán Ahab— con anécdotas de fastuosas construcciones y muros de ocho metros de grosor, inexpugnables incluso ante el impacto de un avión. O gigantescas estructuras de acero tejidas con fuego y bordadas milimétricamente bajo la supervisión de un rayo láser (técnicas de defectoscopía) y un ruso gruñón e intransigente. Pero una madrugada, por puro accidente, pude entrever parte de ese botín mientras esperaba para ser trasladado a un lugar desconocido, extraído por los *picapiedras* después de toda una noche de labor en las entrañas del reactor. Sobre una carreta y debajo de una lona reposaba un sinfín de artilugios diversos, como las vísceras de un animal mitológico recién desventrado. Similar a la prea de la que hablara Redrick, aquellos objetos parecían brillar con un resplandor particular, cada uno con un tono diferente según su propia naturaleza, su constitución (cobre, bronce, acero, níquel, aluminio...), adquiriendo un valor añadido por su propio carácter ilícito y misterioso, amén de lo que por ello se pagaba. ¿De dónde, exactamente, venía todo aquello? ¿Quién lo sacaba y en qué circunstancias?

La seducción ante la posibilidad de disponer de capacidades nucleares, así como el —peligroso, muy peligroso— coqueteo con ellas se hizo evidente desde los primeros años del proceso revolucionario cubano. La Crisis de Octubre (también “Crisis de los misiles”) puso al mundo al borde de un desastre nuclear y a Cuba como centro neurálgico del mismo, y aun hoy no podemos imaginar qué hubiese sucedido realmente de haber tenido la máxima dirección política de la isla la última de las claves necesarias para apretar el botón rojo. Si se revisan las memorias de los encuentros realizados en La Habana hace algunos años entre políticos rusos, cubanos y norteamericanos implicados directamente en los sucesos, llama la atención tanto la ventaja obtenida por el gobierno cubano al lograr, mediante este catastrófico elemento disuasivo, una relativa seguridad en cuanto a que el país no sería agredido militarmente por los Estados Unidos (ya que la Unión Soviética consideraría tal hecho como una agresión a su propio suelo), como también la sensación de que esa misma dirección política no hubiese tenido el menor reparo en lanzar el primer golpe, a manera de profiláctico preventivo, si entendía que la situación así lo requería, a pesar de las consecuencias de tal acto, tanto para el propio país como a escala global (*“La Unión Soviética no debe permitir circunstancias en las que los imperialistas*

puedan llevar a cabo un primer ataque nuclear (...) este sería el momento para eliminar tal peligro para siempre, en un acto de la más legítima defensa, y aunque se trataría de una solución dura y terrible, no hay otra alternativa"; Carta de F. Castro a N. Jrushchov, 26-10-1962. También llamada por algunos historiadores "Carta del Armagedón" o "del destino manifiesto").

Aunque la retirada de los cohetes y las ojivas nucleares por parte de la Unión Soviética se consideró entonces como un revés político y militar —por su unilateralidad, su carácter inconsulto, y un largo etcétera...—, la "seducción atómica" se mantuvo latente. En lo adelante, el "programa nuclear" cubano seguiría su curso, ahora con un talante pacífico y aplicado a la esfera productiva. Apenas cinco años después de la "Crisis de los misiles", el 19 de abril de 1968, Fidel Castro expresó en una intervención pública: "La energía del futuro, la energía fundamental, la energía de la cual deberá depender imperiosamente la humanidad del futuro es la energía nuclear." Y para poner en práctica semejante vaticinio se comenzaron a crear instituciones y especializaciones en la materia, como el Departamento de Física Nuclear y Energética Nuclear en la Universidad de La Habana, a principios de los 70, con el objetivo de formar profesionales calificados para la investigación. Al mismo tiempo, Cuba comenzó

a recibir colaboración internacional por medio del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Este interés explícito era solo la parte visible de una intención mucho más amplia y pretenciosa, amén de secreta, por supuesto, pues ya para entonces se gestaba entre las más altas instancias políticas cubanas y soviéticas un proyecto de mayor envergadura que comenzó a hacerse público a mediados de 1976, cuando se dieron los primeros pasos para la construcción en Cienfuegos de la primera Central Nuclear del país, según palabras del mismo Fidel Castro en una alocución pública en 1992 (2). La primera de un proyecto de tres, que incluía la construcción de una segunda planta en las cercanías de Holguín y una tercera en la región occidental de la isla. En ese momento se reestructura la actividad nuclear, y se constituye la Comisión de Energía Atómica de Cuba (CEAC), para la cual fue nombrado —¿casualmente?— Fidel Castro Díaz-Balart como Secretario Ejecutivo, quien dirigió a su vez la Secretaría Ejecutiva para Asuntos Nucleares (SEAN), organismo encargado de implementar las directivas... En 1980, Cuba entró al Sistema Internacional de Información Nuclear (INIS por sus siglas en inglés), el cual permitía que la literatura nuclear cubana estuviese visible en el mundo. Para garantizar las publicaciones dentro del país

se creó la revista *Nucleus*, que ha salido ininterrumpidamente durante 28 años y se considera la memoria impresa del programa nuclear cubano.

Así pues, en una explanada cercana a la entrada de la bahía, a unos 35 kilómetros y hora y media de viaje —por tierra— de la ciudad de Cienfuegos (también se podría ir por mar en veinte minutos, pero esa es otra historia), se comienzan a mediado de los años 70 los trabajos para construir la primera Central Electronuclear de Cuba (CEN), con tecnología procedente de la Unión Soviética. Tal proyecto incrementaría sensiblemente la potencia eléctrica instalada de la nación, con la incorporación de 880 MW, 440 de cada reactor del tipo VVER, en su primera fase (la idea era instalar cuatro de ellos en esta primera experiencia) (3).

Paralelamente, a pocos kilómetros de la obra principal, se inició la construcción de la llamada “Ciudad Nuclear”, un emporio habitacional diseñado según los patrones estéticos de la arquitectura socialista al uso (bloques de edificios rústicos y aglomerados, apartamentos pequeños, colores opacos, escasa vegetación...), que albergaría al personal técnico calificado —cubano y soviético— que trabajaría en la Central Nuclear, así como al personal de servicios y a una parte de los mismos constructores encargados de construirla.

La Central Nuclear sería la primera de su tipo que se instalaría en el Caribe y cuarta en el contexto latinoamericano, luego de México, Argentina y Brasil, y “...constituiría la materialización del aumento de capacidades energéticas mediante fuentes renovables que contribuirían al ahorro de petróleo” (4). Esta última ha sido la definición más difundida para argumentar la ejecución de este proyecto nuclear. Sin embargo, es sabido que, por una parte, la *fuente* que alimenta dicho proceso energético, es decir, el *Uranio-235*, no es renovable, y por otra, el ahorro de petróleo no era entonces una prioridad para la dirección del país, habida cuenta de la ventajosa relación comercial que en ese momento, ya incorporada al CAME, poseía Cuba, así como la amortización del costo del petróleo con relación a los precios del mercado mundial, siendo la Unión Soviética su principal, generoso y casi único suministrador.

Tanto para realizar el trabajo especializado en la Central —técnicos e ingenieros nucleares— como, sobre todo, para la edificación de la ciudad, arribaron millares de personas provenientes de toda la Isla. En el caso de los constructores, provenían principalmente de las provincias orientales, contratados como mano de obra (albañiles, electricistas, carpinteros, plomeros, soldadores, paileros, ayudantes, etc.) Por su importancia, y por ser el primero de su tipo emprendido en el

país, este proyecto energético tenía prioridad absoluta en la planificación económico-social de la nación, y la Ciudad Nuclear estaba llamada a ser un modelo nacional de desarrollo urbanístico y convivencia social. “La Obra del Siglo” y “La Ciudad del Futuro”: así las llamaba la retórica oficial.

Dada la envergadura de este proyecto constructivo fue necesaria la creación de varios contingentes obreros, integrados principalmente, como ya se ha apuntado, por personas procedentes de la zona oriental del país, al ser esta, tradicionalmente, la más deprimida en cuanto a ingresos, nivel de vida, y la de mayor déficit de oferta laboral (proporción empleo-población). Miles de personas llegaron para trabajar como mano de obra —calificada y no— en la construcción civil de estas dos obras (alrededor de doce mil en su momento más álgido). La prioridad del proyecto y los salarios derivados de su misma importancia y complejidad suponían un atractivo nada despreciable y, sobre todo, una garantía en lo relativo a posibilidades de empleo fijo e instalación definitiva en el nuevo asentamiento, pues, en el caso de los constructores, existía la posibilidad de que, una vez terminada la parte civil de la obra —planta nuclear y ciudad—, pasaran a desempeñar otras funciones, fundamentalmente en la esfera de los servicios, amén de la garantía de una vivienda propia. Comenzaban así una nueva vida,

en la que vendría a ser la ciudad más moderna y *organizada* del país.

Como en todo acto fundacional, las primeras reacciones no tardaron en llegar. La confluencia de esa nueva (parte de la) población caracterizada por poseer un alto nivel educacional y profesional —técnicos, ingenieros y dirigentes, en su gran mayoría con estudios prolongados en institutos especializados en la Europa del Este— con el “sector” constructivo, generalmente de muy bajo nivel, tanto profesional como educacional, provocó los primeros “roces”. Pero fue principalmente la relación entre este segundo sector y los habitantes de un pequeño asentamiento poblacional (El Castillo) limítrofe con la Ciudad —con casi doscientos años de arraigo en el sitio, un sentido de pertenencia muy particular y costumbres y tradiciones muy establecidas, sobre todo en lo relativo a las artes marinas, muy diferentes a las de los nuevos pobladores, provenientes en su mayoría de zonas montañosas y del interior— la que originó los más agudos conflictos, antagonismo que en un momento determinado (1987) motivó la presencia de tropas especiales de seguridad en el lugar para contener la violencia, una hostilidad que, aunque atenuada, perdura hasta hoy.

ÍNDICE

Intersticio primero. Zona I (Ruido de fondo) / 9

Intersticio segundo. Sub-Zona I
(Abyssus abyssum invocat) / 71

Intersticio tercero. Novecientos kilómetros / 111

Notas / 185

